

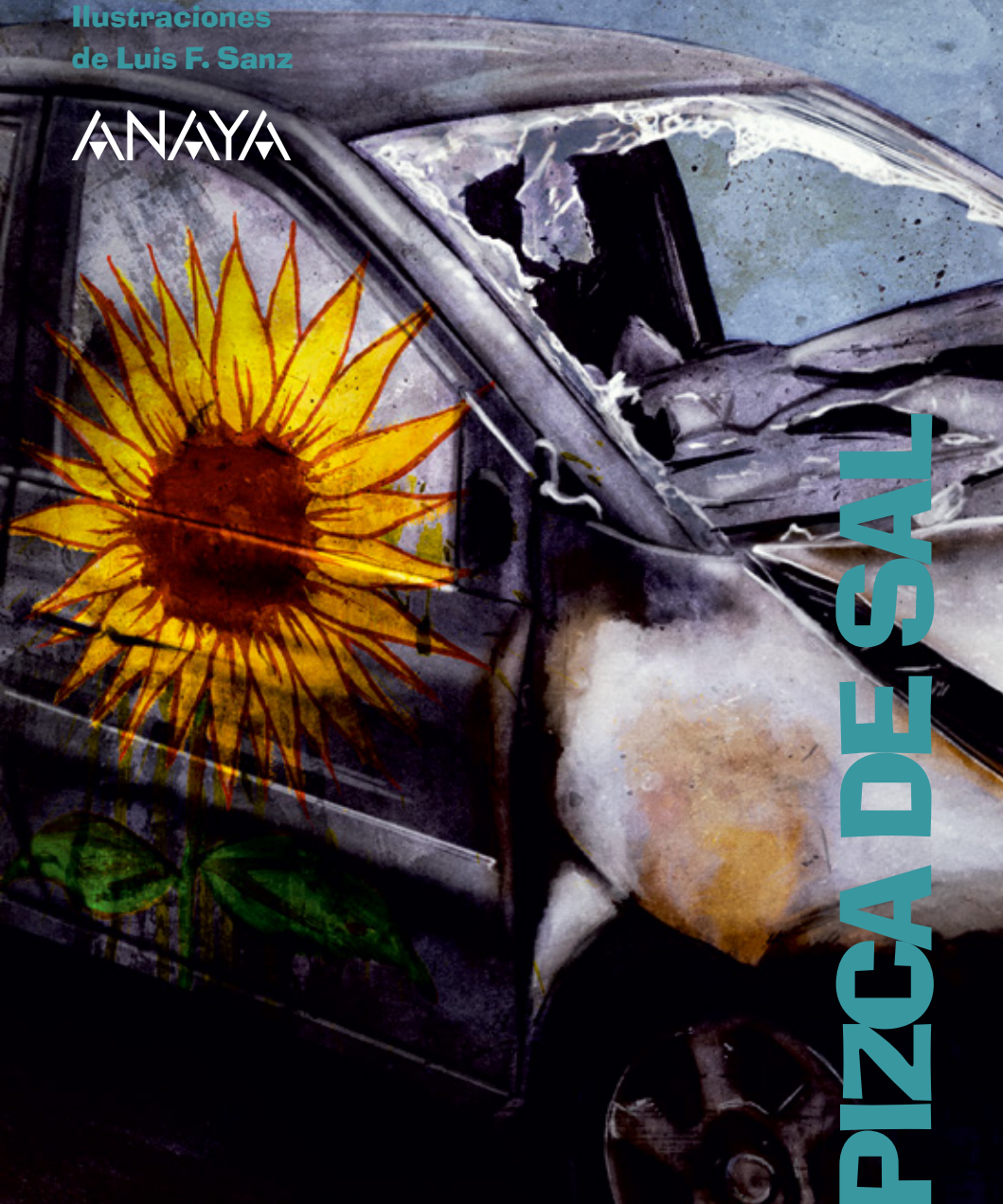
Ana Alonso

# Un girasol en Kiev

Ilustraciones  
de Luis F. Sanz

ANAYA

PIZCA DE SAL



1.ª edición: febrero 2023

© Del texto: Ana Alonso, 2023

© De las ilustraciones: Luis F. Sanz, 2023

© De las fotografías e ilustraciones del dossier: iStock/GettyImages (Cn0ra, evrim ertik, Giorgio Barchetti, Ivan Yarovyi, Jakub Laichter, Marina Nuxoll, Melpomenem, Mihajlo Maricic, Natalia Shabasheva, seb\_ra, sqback, StudioU, Tonktiti, VectorBird)

© Grupo Anaya, S. A., 2023

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

[www.pizcadesal.es](http://www.pizcadesal.es)

Diseño:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano

Patricia Gómez Serrano

ISBN: 978-84-143-3556-7

Depósito legal: M-354-2023

Impreso en España - Printed in Spain



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# Un girasol en Kiev

Ilustraciones  
de Luis F. Sanz

ANAYA

## CAPÍTULO 1

—Cuatro días —dijo mi madre contemplando pensativa la galería desierta—. Cuatro días más y a desmontar. No ha sido tan mala la experiencia, ¿a que no, Alma?

Paseé la mirada sobre los cuadros de gran formato que colgaban de las paredes de la galería. Allí seguían todos: la rama gigante de buganvilla flotando vertical en un cielo estrellado, la adelfa polvorienta en una isleta de carretera, un suelo con pétalos de azahar y hojas pisoteadas... «Las flores de Marina Elvas, a la vez hiperrealistas e imposibles, parecen caer sobre la realidad cotidiana como aerolitos de una belleza alienígena». Eso lo escribió un crítico en el periódico *El País*. No sé si es bueno o malo. Lo que es seguro es que los «aerolitos de belleza alienígena» no han tenido mucho éxito aquí, en Kiev. Mejor dicho... no han tenido ninguno.

El día de la inauguración, se me acercó una mujer de pómulos hinchados por alguna intervención estética y labios anormalmente gruesos. Llevaba tacones y un vestido verde eléctrico muy raro, que debía de haber comprado en algún desfile de moda.

—Decepcionante —me dijo en inglés—. Debería aprender de Georgia O’Keeffe.

No sabía que yo era la hija de la pintora, claro.

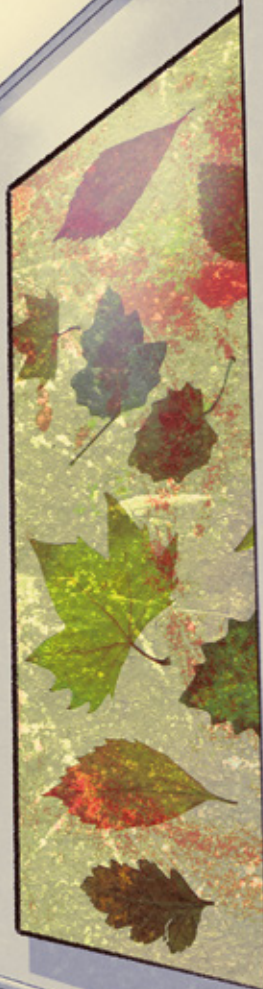
—Georgia O’Keeffe nos gusta mucho —le contesté rápidamente—. Pero Marina Elvas tiene su propio estilo. No necesita imitar a nadie.

La mujer me dirigió una mirada de curiosidad, arqueó las cejas y me dio la espalda, dando por terminada la conversación.

Me sentí bien conmigo misma por haberle contestado tan deprisa. Al menos, los cuatro meses de pesadilla que he estado en Nevada me han servido para algo. La mejora de mi inglés ha sido directamente proporcional al empeoramiento de todo lo demás, empezando por mi autoestima. Bueno, da igual. Se terminó. Sé que todo el mundo lo ve como un fracaso porque... porque es un fracaso y no tiene otro nombre, pero tampoco me voy a tirar al Dniéper por esto. El mundo está lleno de gente que fracasa y a pesar de todo sigue adelante. Me siento mal sobre todo por mi padre, tan orgulloso como estaba por tener una hija estudiando primero de Bachillerato en Estados Unidos... Si hubiera sido por él, me habrían dejado allí hasta final de curso. Menos mal que mamá se apiadó de mí.

Cuando llegué a Madrid el cinco de enero, después de trece horas de vuelo y tres escalas, me los encontré a los dos esperándome en el aeropuerto. ¡Qué raro se me hizo! Creo que no los veía juntos desde... ¿Desde los ocho años? Probablemente, sí. Desde el verano que se separaron.

Me recibieron los dos con muchos abrazos y muestras de alegría, pero papá estaba rígido, se le veía incómodo. Me



imaginé la conversación entre ellos mientras me esperaban. Habría derivado en una discusión, seguro. Mi madre habría dicho con suavidad cosas terribles sobre mi padre, y él habría perdido los estribos y habría gritado delante de todos, y la gente se habría vuelto a mirar en el aeropuerto, compadeciendo a la mujer que tenía que soportar aquello, y él se habría callado, avergonzado y torpe, hirviendo de ira por dentro, convencido de que el mundo entero se ha vuelto contra él.

Esa discusión no la escuché, y ni siquiera sé a ciencia cierta si se produjo o no, pero sí oí una parte de otra parecida, la que tuvieron cuando a mamá se le ocurrió traerme a Kiev, aprovechando que ella tenía que venir para la exposición.

Yo estaba pasando el fin de semana en casa de papá, porque me tocaba. Ha alquilado un apartamento en la zona del Reina Sofía, con una habitación bastante chula para mí, pero la verdad es que me da pereza cada vez que tengo que hacer la maleta para irme con él. No porque no quiera verlo... Es que, cuando me toca en su casa, él está todo el tiempo estresado, pensando que tenemos que hacer cosas especiales y únicas, como pedir la cena a la mejor pizzería de Madrid, o ir al cine a ver una película en versión original, o a patinar sobre hielo... No hay manera de que me deje quedarme tranquila en casa viendo Netflix o pasando Instagram o charlando con mis amigas por WhatsApp. Cada fin de semana se convierte en una especie de yincana que me deja agotada, deseando volver a casa de mamá y a la rutina de los días de diario.

Pero, volviendo a la discusión... Estábamos en el coche buscando aparcamiento, porque llegábamos tarde a la presentación de una novela gráfica que distribuye la empresa en la que trabaja papá. Él allí es un pez gordo, está



muy bien considerado, y me había prometido que la autora, Paula Bonet, me firmaría un ejemplar y se tomaría algo con nosotros. Entonces entró la llamada de mamá. Papá conectó el manos libres.

—Alma te está oyendo —avisó en tono desagradable—. ¿Qué ha pasado?

—Nada. ¿Te acuerdas de lo que comenté de una exposición en Kiev? Ha salido. ¡Es para ya! Tengo el tiempo justo para embalar la obra y enviarla.

—Me alegro por ti. Ahora no puedo mirar el calendario, ¿vale? Ya nos organizaremos. Tengo un par de viajes al norte, pero Alma se puede quedar en casa de mi madre.

—No, Emilio. No es eso. Lo que quiero plantear... si Alma quiere... es que se venga conmigo.

—¿A Ucrania? ¿Un mes en pleno curso? Sí, Marina, sí. Una idea genial.

—Emilio, Alma ya ha perdido el curso. Al menos, será una experiencia diferente... enriquecedora.

Mi padre acababa de localizar un hueco para aparcar y estaba empezando la maniobra. Eso le distrajo.

Al ver que no contestaba, mamá se dirigió a mí:

—Alma, ¿te apetecería ir?

—No sé. Supongo —contesté.

—Qué entusiasmo...

Mi madre parecía decepcionada.

Papá me miró de reojo.

—¿Es que nada te interesa? Tu madre te está proponiendo pasar un mes en una de las grandes capitales europeas, en un ambiente artístico... ¿Eso también te parece absurdo? ¿Como lo de América?



—Déjala, no te metas con ella —dijo mi madre a través del manos libres—. Si no quiere venir, que no venga. Solo era una idea. Ya hablaremos.

Me sentí fatal, como siempre que discuten por mi culpa. Parece que tengo el don de decepcionarles a los dos por igual. Es lo único en lo que están de acuerdo. No me intereso lo suficiente, no me esfuerzo lo suficiente, no disfruto lo suficiente... Haga lo que haga, nunca estoy a la altura de lo que esperan de mí.

Al final decidí venir a Kiev. Me apetecía conocer la ciudad y todo eso, pero, sobre todo, me horrorizaba la idea de quedarme escuchando los reproches de papá y participando en sus yincanas culturales durante un mes seguido, así que lo tuve claro desde el principio.

Venir ha sido buena idea, tengo que decirlo. Mamá y yo lo hemos vivido como unas vacaciones raras, fuera de temporada, sin turistas. Mamá se pasa por la galería una hora todos los días, pero, aparte de eso y de las entrevistas que concedió al principio, no tiene nada que hacer, así que nos dedicamos a pasear, a ver museos, a explorar cafés y restaurantes y a estar tranquilamente en el apartamento que le han cedido para quedarse, y que es precioso. Yo he aprendido unas diez palabras en ucraniano, pero con el inglés me defiendo muy bien. Mamá, como está aprendiendo ruso para comunicarse mejor con Nikolai, su novio, se hace entender todavía mejor, porque el ruso y el ucraniano se parecen bastante.

Nikolai es humorista gráfico y vive en San Petersburgo. Mamá y él se conocieron en el Hay Festival de Cartagena de Indias. No me extraña que conectaran. Son los dos muy

parecidos: todo les ilusiona, todo les da ideas para pintar o dibujar o hacer un cartel, o una *performance*, o una acción artística urbana... Viven en su burbuja de tinta y pinceles, y con eso son felices. Nikolai hace unas comidas muy raras, pero están bastante ricas. No intenta decir cosas ingeniosas ni «jóvenes» para hacerse el simpático conmigo. Eso es muy de agradecer. Además, veo a mamá tan relajada cuando están juntos... ¿Cómo no va a caerme bien? Con papá, ella nunca estaba así.

—Me han propuesto prorrogar quince días más, pero no creo que merezca la pena —continuó mamá después de enderezar uno de los cuadros, que se había torcido—. Aquí no voy a vender más.

—No ha salido muy bien, ¿verdad? —me atreví a preguntar.

Se encogió de hombros.

—Bueno... La experiencia en sí misma ha valido la pena. Y las pocas críticas que se han publicado han sido positivas. El girasol está vendido, y me han encargado otro. Aquí les encantan los girasoles. Y el de las amapolas... No está cerrada la venta, la compradora es una rusa, y ahora mismo hay tanta tensión... Pero se venderá seguro.

—Entonces, ¿has ganado dinero?

Mamá no sabe mentir. O no quiere.

—Lo justo para que todo esto no haya sido una ruina. Pero no pasa nada, Alma. Tampoco es que tuviera grandes expectativas. Y hemos pillado un momento tan malo... La gente está preocupada por las amenazas de Putin. No hay alegría compradora porque todos temen por el futuro.

—Pero no va a pasar nada, ¿no?

Mamá no contestó. Quizá no me oyó. Había bajado al sótano a apagar las luces. Era hora de cerrar. Regresó con las parkas en la mano y me tendió la mía. A través de los cristales de las ventanas, que estaban pegadas al techo y eran muy amplias, se filtraba el resplandor mortecino de la luna.

Nos pusimos las parkas y abrí la puerta. El aire congelado de la noche nos abofeteó el rostro.

—No creo que Putin esté tan loco como para atacar Ucrania. Pero Nikolai cree que podría hacerlo. Y tu padre también. De todas formas, nadie lo sabe. Y pueden pasar meses hasta que la situación se aclare un poco. Por eso, Alma, había pensado... Hace más de tres meses que no veo a Nikolai. Y ahora estamos tan cerca...

—Bueno, no tan cerca, mamá. Mira un mapa...

Íbamos caminando deprisa por las calles de cuento del barrio de Vozdvyzhenka. Son todo casas del siglo XIX pintadas de colores alegres. A la luz de las farolas, parecía todavía más irreal que de costumbre. Normalmente se ve a muy poca gente caminando y no hay casi coches. Es la zona más cotizada de Kiev, pero no vive casi nadie. Los propietarios de esas casas de colores pastel son casi todos oligarcas ucranianos y rusos que se pasan la mayor parte del año en el extranjero.

—Mucho más cerca que cuando estamos en Madrid —insistió mi madre—. Y hay vuelos muy baratos. Por eso... ¿qué te parece si, antes de volver a casa, pasamos una semana en San Petersburgo, en casa de Nikolai?

—Pero ¿y los cuadros?

—Los envío directamente a Madrid. Ya estaremos de vuelta para cuando lleguen. Lo he hablado con mi galerista,



se puede hacer sin problemas. ¿Qué te parece, Alma? ¿No te apetece conocer Rusia?

—No sé. Supongo...

No era la respuesta que ella esperaba, claro. Pero no podía mostrarme más ilusionada, porque no me gusta ser falsa. Todo aquello del conflicto entre Ucrania y Rusia me sonaba muy peligroso. ¡Vaya momento para ir a San Petersburgo!

Mamá debió de adivinar lo que estaba pensando. Es la persona que mejor me conoce.

—No te preocupes, no va a pasar nada —me tranquilizó—. Y, si no quieres que vayamos, no vamos.

—Pero tú quieres ver a Nikolai...

—Bueno, lo pensamos tranquilamente y en estos días lo decidimos.

Seguimos caminando en silencio por aquellas calles que parecían sacadas del decorado de un musical antiguo. Lo único de verdad, allí, era el frío.

Más tarde, en casa, no volvimos a hablar del posible viaje. Mamá tenía llamadas que hacer, y yo aproveché para ponerme al día en Instagram. Después de cenar, estuvimos viendo una serie en Netflix. Solo al meterme en la cama me acordé del plan de mamá. En ese momento, no me pareció tan malo. Todo el mundo dice que San Petersburgo es una ciudad increíble. Y mamá se merecía unos días con Nikolai después del fracaso de la exposición. Necesitaba reponer fuerzas.

Me levanté tarde, porque tardé mucho en dormirme. Mamá estaba escuchando la radio en el móvil mientras el pan se calcinaba en la tostadora y el café se enfriaba sobre la

mesa. Todavía llevaba puesto el pijama y el pelo recogido. Estaba muy pálida.

—Mamá, sí quiero ir a San Petersburgo. Me apetece un montón.

Sus ojos se posaron en mí extraños, inexpresivos.

—Demasiado tarde, Alma —dijo—. No creo que podamos ir. Rusia ha invadido Ucrania. Estamos en guerra... Dicen que vienen hacia Kiev.

## Un girasol en Kiev

Lo último que esperaba Alma cuando aceptó la invitación de su madre a pasar unos días en Kiev era que estallase la guerra y que las dejase atrapadas en la ciudad sin posibilidad de huida. En medio del horror de los bombardeos, Alma encontrará un apoyo inesperado en su vecina Olga, una antigua bailarina del Bolshoi, y en el misterioso Davyi, un chico de su edad que evita hablar de su pasado y que tan pronto se muestra heroico como desvalido. A través de Marina, su madre, Alma empezará a comprender el poder del arte para florecer incluso en las situaciones más desesperadas, y descubrirá que aprender a gestionar el miedo es el auténtico valor.

### Con este libro aprenderás...

A gestionar el miedo frente a los grandes problemas geopolíticos actuales y a valorar la solidaridad y el arte como antídotos contra la desesperanza.

**Ciencias Sociales**



**PIZCA DE SAL**

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

**A partir de 12 años**



1589098

**ANAYA**

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)